

# LA EXPERIENCIA DE DIOS EN LA INFANCIA\*

César Fernando Franco Núñez, C.R.S.\*\*

Fecha de recepción: 26 de julio de 2012  
Fecha de aprobación: 27 de agosto de 2012

## Resumen

*La experiencia de Dios es una realidad que toca la existencia humana desde su dimensión interior; allí acontece la participación divina que mueve, hace vibrar al hombre y despierta en él, no un sentimiento sino la propia vida que, al salir a la luz, activa un dinamismo en el que el yo se conjuga con el tú para crear un nosotros. Este proceso, que se da desde el inicio de la existencia humana, es construido en un contexto social; es la sociedad la que influye enormemente en la formación del ser humano, en especial, en los niños y las niñas, quienes por su inocencia, transparencia y capacidad de percibir, logran descubrir más fácilmente el verdadero rostro de Dios. Esto, gracias a que las acciones propias y de los demás son experimentadas profundamente con sentido y coherencia.*

Palabras clave: *Experiencia, Dios, rostro, niño/a, familia, imagen.*

## INTRODUCCIÓN

Hablar de la experiencia de Dios puede ser un tema algo complejo porque no es fácil referirse a alguien (como Dios) a quien no se ve. Ahora, si se trata de los niños, hablar de su experiencia de Dios se torna un tanto más

---

\* Escrito de reflexión presentado como trabajo final para la asignatura Práctica pedagógico-pastoral, de la Licenciatura en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Esta reflexión surge de la experiencia suscitada por el trabajo pedagógico y acompañamiento a niños de primero de primaria.

\*\* Estudiante de pregrado en la Licenciatura en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá; Administrador de Informática y Diplomado en Economía y Comercio Exterior, Universidad Los Libertadores, Bogotá; Técnico en Intervención Educativa, Universidad Eafit, Medellín. Religioso de la Congregación de los Padres Somascos. Correo electrónico: kaiser254@yahoo.es

difícil porque ellos, en su corta edad, están comenzando a interactuar con las personas y con el mundo, y su experiencia radica básicamente en la información que los sentidos les puedan transmitir. Esto enriquece su existencia, ayuda al proceso vital y orienta el camino que han de seguir para formarse como auténticos seres humanos.

Planteada de esta forma, la experiencia de Dios es vista como una realidad tan incomprensible e inalcanzable que ni el hombre con todas sus capacidades podría llegar a tematizar, y menos aun, hablar. Aunque el ser humano sea un ser finito, su capacidad de conocer es ilimitada, pues siempre está percibiendo y adquiriendo cada vez más conocimiento.

Esto le hace capaz de expresar con sus propias palabras aquello que, como Dios, para muchos, resulta confuso, pero que es una realidad viva y latente que hace parte de su existencia, y además, está tan cerca, que los mismos niños lo pueden experimentar. Que para ellos sea difícil manifestarlo no quiere decir que no exista y menos que se pueda experimentar y expresar. Basta con descubrir esa realidad para hacerla salir a flote y así ayudar a que sea comprensible y clara desde tan corta edad.

La realidad humana vive inserta en un sinnúmero de situaciones que poco o nada ayudan a descubrir esa experiencia de Dios; el solo hecho de hablar de Dios ya implica una gran dificultad, sobre todo, si se trata de los jóvenes, ya que infortunadamente ellos viven del día a día, de lo que pueden experimentar con sus sentidos y de lo que evidentemente les garantiza su futuro.

No se trata aquí de recalcar un pecado o crear un sentimiento de culpa, menos aun de buscar culpables y hacer reproches; lo que realmente importa es poder descubrir hasta dónde el ser humano se hace consciente de su relación con Dios, hasta dónde –inserto en una sociedad– descubre en el otro el rostro de un Dios cercano, humilde, sencillo, que invita a amar, y hasta dónde se implica y acoge al proyecto divino involucrando a sus semejantes, a sus prójimos, sobre todo, dando a conocer ese Dios a los más pequeños, a quienes hasta ahora están iniciando el camino de la vida.

La psicología puede ofrecer algunas comprensiones y explicaciones acerca de la conducta y el comportamiento de los niños pero, a la hora de hablar sobre Dios, los argumentos se quedan cortos, por no decir

nulos. La psicología de la religión puede dar algún aporte al respecto, pero solo desde el hecho religioso que en palabras de Antonio Ávila se denomina “religiosidad”.<sup>1</sup>

Aquí lo central es la conducta humana y sus prácticas, signos claves que llevan al ser humano a tener una experiencia más profunda con la divinidad. Esta religiosidad hace parte de un contexto social en el que está inmerso el ser humano, y ello afecta tanto la imagen como la manera de percibir y comprender esa experiencia de Dios, sobre todo, por parte de los más pequeños. Tal experiencia ha de ser enriquecida y fortalecida por los padres, quienes además son los primeros educadores en la fe.

Por tanto, es necesario ahondar en la comprensión de esta experiencia de Dios en los niños, sobre todo, en una sociedad que tiene mucho que decir ante lo religioso. Para ello, se hace pertinente elaborar la siguiente pregunta, que busca abrir el horizonte de la experiencia en los primeros años de vida: ¿Qué experiencia de Dios tienen los niños en un contexto social como el de hoy?

### ¿QUÉ ES Y QUÉ SIGNIFICA LA EXPERIENCIA DE DIOS?

Una cosa es tener en la cabeza la idea de que el fuego quema, y otra cosa es meter la mano en el fuego, y así tener la experiencia de que el fuego quema. Una cosa es tener en la mente la idea de que el agua sacia la sed, y otra cosa es beber un vaso de agua fresca en una tarde de verano, y así tener la experiencia de que el agua sacia la sed. Sabemos teóricamente que tal sinfonía es magnífica, pero otra cosa es estremecerse hasta las lágrimas al escucharla. Sabemos que Dios es amor porque lo hemos aprendido en la catequesis, pero otra cosa es temblar de emoción ante una presencia infinitamente amante y amada.<sup>2</sup>

Estas palabras de Ignacio Larrañaga intentan –desde la misma experiencia humana– ofrecer una explicación sutil sobre lo que es y significa la experiencia de Dios. Si bien es cierto que hablar de este tema puede resultar algo difícil y complejo, ello no quiere decir que la experiencia de Dios esté fuera de la realidad del hombre y sea algo tan incomprensible que no se pueda manifestar y expresar. Es más, la experiencia de Dios

---

<sup>1</sup> Ávila, *Para conocer la psicología de la religión*.

<sup>2</sup> Larrañaga, *Itinerario hacia Dios*, 9.

parte de la experiencia humana; no se puede hablar de Dios y comprender a Dios si no es a partir del hombre; es bajo esta realidad que Dios actúa, se hace cercano y habla al hombre por medio de su corazón.

Cuando se habla de la experiencia, su referente próximo es lo que se puede percibir. Son los sentidos los que en este caso juegan un papel fundamental. Es muy complicado tener una experiencia sobre algo que ni siquiera se puede palpar; no hay forma de describir tal sensación. Lo único que se da es una percepción de una supuesta realidad que argumentativamente no hay forma de comprobar. Por tanto, para hablar de experiencia, necesariamente se requiere de un objeto sensible que capte la atención de los sentidos humanos, y por ende, produzca un fenómeno que se da en el conocimiento:

...lo percibe por intuición, o sea, por relación inmediata con él, pues éste se encuentra ya dentro de la misma estructura del conocimiento. Por ello se puede decir que el conocimiento se vuelve el objeto mismo, pero todavía en estado indeterminado.<sup>3</sup>

Esta forma de argumentar la experiencia humana tiene su sentido y coherencia. Es más, sustenta todo el proceso fenomenológico que ocurre en el conocimiento humano, aclarando cómo se perciben los objetos que están en la realidad y conducen a una experiencia. Aunque a simple vista esto solo parezca argumentar una realidad física, en su interior guarda toda una explicación que ayuda a comprender la participación de Dios en la experiencia humana.

El hombre es un ser que conoce, y en ese ejercicio conoce a Dios porque habita en él; así como conoce un objeto por los sentidos y lo experimenta, así mismo percibe y conoce a Dios. Esta dinámica, que sustenta muy bien el padre Gustavo Baena, en su libro *Fenomenología de la revelación*, permite comprender que al estar actuando en el hombre, Dios lo impregna de esa acción y lo obliga necesariamente a volverse a sí mismo para descubrir eso que lo está moviendo. En consecuencia, con esta argumentación se puede decir que sí es posible hablar y manifestar una experiencia de Dios que sin duda alguna parte del interior del hombre y se exterioriza hacia el otro, hacia el prójimo.

<sup>3</sup> Baena, y Arango, *Introducción al Antiguo Testamento e historia de Israel*, 3.

---

Al tener algo de claridad sobre esta participación de Dios en el hombre y su percepción, por medio del conocimiento, en las acciones y la experiencia, es posible descubrir el sentido, la razón y la significación de la experiencia de Dios.

La experiencia de Dios no es experiencia de nada, ni siquiera experiencia de nadie. Tanto la tradición cristiana –desde Dionisio Areopagita hasta Thomas Merton–, como la mayoría de las tradiciones religiosas de la humanidad, nos han venido diciendo que de Dios no se puede saber nada.<sup>4</sup>

Si se va directamente a la intimidad del hombre, a su interior –una acción que prácticamente no tiene lugar en la cotidianidad contemporánea– se encuentra que dicha experiencia no es insignificante: es algo, y ese algo habita en el hombre, lo inquieta, lo lleva a comprobar y actuar, no movido por un sentimiento o emoción pasajera, sino por la razón en conexión con el corazón, que es algo que perdura y hace que los actos sean coherentes, tengan sentido y conduzcan a una auténtica experiencia de Dios, que en definitiva no es otra cosa que Dios mismo actuando en la intimidad del hombre y haciéndolo vibrar en cada paso de su existir.

Entonces, es allí, en la intimidad, donde Dios sale al encuentro, donde toma la iniciativa e interpela al hombre, donde se hace presente en sus actos cotidianos, permitiéndole descubrirlo y experimentarlo, y así poder decir que real y auténticamente ha tenido una experiencia de Dios. Si bien es cierto, y como se ha venido presentando, Dios no es un sentimiento: es una realidad que se halla oculta en el interior del hombre y solo se puede descubrir abriendo los propios límites, es decir, abriendo el interior, el corazón, la intimidad.

Por tanto, la experiencia de Dios significa más un encuentro con la realidad divina, uno que se da por iniciativa de Dios y que obtiene una respuesta positiva por parte del hombre a través de sus propias acciones. Éstas integran todo lo humano, y manifiestan no tanto la relación del hombre consigo mismo como su relación con el entorno, con la sociedad, y más específicamente, con el otro.

---

<sup>4</sup> Panikkar, “La experiencia de Dios”, fragmento de *La experiencia de Dios*, por R. Pannikar. Disponible en: <http://www.terra.es/personal/javierou/con-laexperienciade.htm> (consultado el 14 de mayo de 2012).

No obstante, cabe aclarar que dicha experiencia, al tener su razón de ser en el encuentro, implica necesariamente una interrelación, que en primer lugar es con Dios pero que cobra sentido cuando se da con los semejantes, pues esto hace de la realidad Dios una realidad comunitaria y un auténtico vivir humano.

Aunque el discurso pueda sonar repetitivo en cuanto a los aportes de algunos autores, lo que en realidad se busca en este punto es mostrar la claridad con que Dios se manifiesta y es percibido por el hombre, cosa que pareciera ser obvia pero que a veces lo teólogos olvidan. Por ello, esta reflexión se hace desde una base, desde un fundamento, y no desde una mera percepción sin sentido o fuera de un contexto vivencial.

### **¿CÓMO ES ENTENDIDO Y ASUMIDO DIOS EN EL MUNDO DE HOY?**

Si bien se ha entendido que Dios, al estar presente en la vida del hombre, entra en su intimidad y se queda allí, ese quedarse es una realidad que se percibe desde el corazón y se comprende con la razón, para luego expresarlo en la cotidianidad de la vida; de esta manera podría entenderse la experiencia de Dios.

Ahora, esa experiencia que parte del interior del hombre no se queda allí: sale para ser manifestada y compartida con el otro, quien al ser parte de la misma sociedad y el mismo mundo genera una interrelación, y poco a poco ésta va acrecentando la gran red de experiencias que tienen en común al mismo Dios y confluyen en un solo pensar y sentir.

Esa experiencia de Dios —que además es compartida necesariamente— está inserta en el mundo; no se puede apartar a Dios de allí porque al estar en el hombre, inevitablemente está en su contexto, y solo desde allí se da la acción divina que implica a toda la humanidad. Esto deja ver que el mundo es un lugar donde Dios actúa y el hombre es el motivo del cual él se vale para participar plenamente de su vida.

Indudablemente, Dios no puede actuar solo o en vano: es mediante el hombre que su participación tiene sentido y se da en un contexto real; por ello, la respuesta del hombre es fundamental. Eficazmente, él permite que Dios no sea irreal, crea el espacio o el lugar para su intervención, se

vale de todo cuanto le rodea y de toda la creación para que ese encuentro sea válido, y además, real, pues es el mismo mundo el testigo fiel del acontecer divino en la humanidad.

La participación divina y la acogida humana dada en el mundo depende principalmente de algo que a simple vista parece no tener fuerza, pero que es –por así decirlo– una condición para entender cómo es asumido Dios en el mundo, especialmente en el contexto actual. Es el tema de la imagen de Dios lo que tiene hoy en día a la humanidad sumida en la más profunda confusión; el mundo está en un letargo prolongado por la falta de claridad, y al hombre le ha sido impuesta una venda desde el inicio de su vida que le impide abrir los ojos y ver más allá de lo que le rodea: ver que la realidad no es solo lo que perciben sus sentidos sino todo lo que habita en su interior, todo cuanto lo mueve y le impulsa a vivir. Infortunada y tristemente, esa imagen ha sido tan desfigurada que ni siquiera toda una tradición ha logrado sopesar la vida interior que tanto inquieta al hombre.

Para el cristiano es clave entender que tal imagen de Dios está representada en Cristo, pero en un mundo como el actual, donde el materialismo y la secularización han trastornado la conciencia, esa imagen se ve distorsionada y hasta borrada en la mente y en el corazón. “El hombre ha sido creado realmente para ser imagen de su Creador; pero solo podía llegar a serlo si el que era ‘en la forma de Dios’ (Flp 2,6) asumía ‘la forma de siervo’, esto es, ‘se asimilaba a los hombres’ (Flp 2,7).”<sup>5</sup>

Esto, sin lugar a dudas, refleja que el hombre hace parte de Dios y que él está en el hombre. La imagen de Dios que se revela es tan humana que en Cristo se descubre quién es realmente Dios; el servicio y la entrega son realidades que Dios experimenta, implicando a la humanidad; así deja ver su autenticidad, y el hecho de que el creador del universo se hace uno con el mundo.

Inmerso en esta realidad llamada mundo, el hombre va, viene, camina, se tropieza, se levanta y está en constante búsqueda de respuestas a lo que significa la realidad que le rodea. Su participación en el mundo, a lo largo de los siglos, le ha generando un sinnúmero de interrogantes

---

<sup>5</sup> Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*, 80.

y ha despertado su curiosidad por conocer más acerca de sí mismo. No es extraño que, en cierto momento, ese deseo y ansia de saber lo hayan llevado a desplegar su conocimiento. Prueba de ello son los grandes filósofos de la historia, quienes han aportado y despertado este interés por el hombre.

Y todo esto ¿qué imagen de Dios ha creado en el hombre? En pleno siglo XXI dicha imagen todavía no es clara. El mundo moderno, al tratar de ahondar en dicha realidad, se ha centrado en la conciencia humana, y al descubrir en ella una dimensión religiosa trata de mantener la inestabilidad interior que experimenta el hombre hoy en relación con Dios.

Cuando las personas integran sus experiencias vitales en clave religiosa, activan para ello su capacidad de pensar, hablar, sentir y actuar. Tras dichas formas de actuación se esconde el patrón subjetivo de la relación de esta persona con su referencia última: Dios. A este patrón se le denomina juicio religioso.<sup>6</sup>

A nivel de la conciencia se descubre entonces que la dimensión religiosa en el hombre ayuda a que su experiencia de vida se integre con la realidad Dios; para que esa integración sea posible, hay que tener en cuenta los actos humanos que permiten hallar el sentido, la coherencia y el valor de la relación que ahí se está estableciendo con Dios. Si bien es cierto que todo eso no genera en el hombre una aceptación inmediata, surgen dudas y posturas que —alimentadas por los juicios— producen una introspección hacia la interioridad; de esta manera, se va construyendo una imagen de Dios en el hombre, que marca su manera de percibirlo, comprenderlo y aceptarlo.

En el caso de los niños, es primordial que esta integración experiencia-Dios, aparte de ser mediada por los propios actos, sea acompañada por los adultos responsables (padres, abuelos, familiares cercanos), porque es ahí donde comienza a forjarse la imagen de Dios que se quiere ayude al niño en el crecimiento de su vida interior.

Ahora, no se puede dejar de lado el entorno, la sociedad y el mundo en este proceso de vida interior, pues hoy en día son un gran referente para el crecimiento del niño en todos los aspectos. Como se

---

<sup>6</sup>Oser y Gmünder, *El hombre. Estadios de su desarrollo religioso*, 29.

ha hecho notar, en el mundo de hoy, la manera de entender y asumir a Dios está enormemente influenciada por la imagen que de él se tiene. Por consiguiente, no se puede dejar de lado esa relación que desde la conciencia se viene dando y que mediante las actuaciones se va configurando para crear una imagen de Dios; un Dios que además ayude—desde los primeros años de la existencia— a formar la personalidad religiosa y a construir la vida interior, que desde la perspectiva cristiana tiene todo un modelo a seguir: Cristo.

Ante la pregunta que encabeza este apartado, no se da una respuesta acabada. Los tiempos van cambiando y es tarea de los teólogos descubrir en cada momento cuál es la solución posible a tan amplio interrogante humano; por ello, y de manera sutil, esta apreciación acerca del modo como el mundo de hoy entiende y asume a Dios abre una perspectiva que ayuda a comprender que Dios no está fuera del mundo y que el contexto social es el lugar preciso donde la imagen de Dios se hace evidente y viva, o simplemente dudosa e incluso muerta.

## LA IMAGEN DE DIOS EN LOS NIÑOS

Después de este recorrido para intentar comprender lo que es y significa la experiencia de Dios, se puede decir que es clave partir de la percepción de la participación de Dios en la vida. Ésta no acontece tanto de forma externa como interior: es decir, insertándose desde siempre en la intimidad del hombre, Dios manifiesta su acción mediante la misma acción humana al hacer aflorar en ésta actitudes como la entrega, el servicio y el amor. Dichas actitudes solo pueden comprenderse en la lógica de la relación con el otro, y solo en esa lógica es posible configurar la imagen de Dios a partir de la cual se pueda formar la personalidad desde los primeros años de vida.

“Los niños comprenden, construyen y observan el mundo con ojos distintos a los de los adultos; enjuician el de-dónde y el hacia-dónde de la vida humana de forma diferente a la adulta.”<sup>7</sup> Es claro que para los niños, en la medida en que van construyendo su conocimiento, el referente primordial son los adultos; sin embargo, la manera como los pequeños

---

<sup>7</sup> Ibid., 30.

captan es totalmente distinta, y ahí es donde su infante experiencia se complementa con la experiencia adulta para comenzar a dar forma a su personalidad, que de suyo se va encaminando por las actitudes propias, pero acompañadas y orientadas por los adultos.

Si bien es cierto que la sociedad influye enormemente en el proceso de desarrollo del niño, la percepción que éste tiene lo va llenando de información. Ahí es cuando comienza a emitir juicios que están más enfocados a preguntas, cuyas respuestas han de brindarle claridad, y de paso, ayudarle en la formación de su conocimiento.

En toda la información que el niño recibe del entorno, posiblemente alguna hará referencia a Dios. Sin embargo, en un mundo como el de hoy dicha información está tan deformada que crea una imagen totalmente contraria a lo que en realidad Dios significa. En pocas palabras, pone una venda en los ojos (que realmente son los ojos del corazón) que impide ver y descubrir a Dios mismo en la intimidad. A propósito, el documento “Maduración y despertar religioso en niñas y niños de 3 a 7 años en la familia y el colegio” indica:

La imagen que el niño tiene de Dios, igual que la relación con él, sigue estando mediatizada por la familia. Por eso, le aplicará los rasgos de padre/madre que experimenta en su vida: es bueno, cariñoso, nos quiere, nos ve, nos cuida, nos ayuda, quiere que seamos felices, es guapo, está alegre o triste... Además, concibe a Dios como creador de todo el universo y, casi al mismo tiempo, como un hombre grande y poderoso. Todo ello lo hace con gran realismo, lo que significa, a pesar de todo, cierto progreso en la representación de Dios.<sup>8</sup>

Por su parte, Juan Delval e Irene Muriá señalan:

Podemos pensar, entonces, que las concepciones sobre Dios que adquieren los niños deberían ser un ejemplo claro de ideas recibidas de los demás, de los adultos, a través de la transmisión en la escuela o en la parroquia, de los padres, o de los medios de comunicación, ya que los sujetos no pueden formar esas ideas a través de su propia experiencia.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup>CMF Apostolado, “Maduración y despertar religioso en niñas y niños de 3 a 7 años en la familia y el colegio. No. 10: 1°EP-TRIM 1°”, *CMF Apostolado*, <http://www.cmfapostolado.org/IMG/pdf/tema10.pdf> (consultado el 14 de mayo de 2012).

<sup>9</sup>Delval y Muriá, *Los niños y Dios: ideas infantiles sobre la divinidad, los orígenes y la muerte*, 21.

---

Aquí queda claro que el referente familiar y toda su experiencia recaen directamente sobre el niño o niña, quien a su vez lo percibe mediante todo el proceso de conocimiento y lo integra a su propia experiencia, para así construir una imagen apropiada o desfigurada, según sea la intencionalidad inicial.

Desde el comienzo de la existencia, Dios participa de la vida del hombre en su interior, y esta participación implica su acción sobre él. Es allí donde, desde la primera edad, se va forjando la comprensión e imagen de Dios. Ésta, a su vez, se ve reflejada en las acciones que los demás tienen, no tanto para consigo mismos como para con los otros. Solo de esta manera, durante las diversas etapas de la infancia, se va configurando la personalidad.

La psicología, en las primeras etapas de la vida, ahonda de manera persistente en la conducta y el comportamiento del niño o niña, incluso en su especialidad sobre la religión, y ya en la etapa adulta, marca su acento en la experiencia religiosa como un elemento fundamental basado en la relación con lo otro, con el mundo, con lo divino:

A. Vergote, en su psicología religiosa (1975, 40-41; 46-53), cuando utiliza el término “experiencia religiosa” entiende por tal el primer momento de la estructura religiosa; esa experiencia de encuentro inmediato con lo otro, de apertura al mundo en cuanto cifra de lo divino...<sup>10</sup>

Sin ir tan lejos, las mismas ciencias humanas –en este caso, la psicología– apuntan claramente a una visión que podría decirse evangélica de la relación de Dios con el hombre. Esta relación, que tiene sus inicios en el interior, en el corazón, sale y se realiza en lo otro, en el mundo, que realmente es el otro, el prójimo, el cercano, quien representa el rostro y la imagen auténtica de un Dios que se entrega por la humanidad.

Para un niño o una niña, todo esto puede resultar complejo, pero a la hora de la verdad es un proceso por el cual toda la humanidad ha pasado; uno que ha contribuido a la maduración interior y que ahora se torna base y fundamento para la formación, desarrollo y crecimiento del niño o de la niña, tanto física como interiormente.

---

<sup>10</sup> Ávila, *Para conocer la psicología de la religión*, 79.

Dios toma a los niños y niñas como un referente importante. Desde su capacidad, ellos y ellas perciben claramente la intencionalidad de un Dios que solo puede expresar amor, un Dios cuyas actitudes son mejor representadas por los infantes que por cualquier otra persona. No en vano afirma el Evangelio de Marcos: “Quien no acoja el Reino de Dios como un niño no entrará en él” (Mc 10,15).

### **EJEMPLO DE EXPERIENCIA Y ACOGIDA DE DIOS EN LOS NIÑOS**

Los niños y las niñas son el rostro más lúcido de Dios, y en ellos se ha puesto la esperanza del mundo. Por eso, y gracias a la pedagogía del amor, un hombre del siglo XVI llamado Jerónimo Emiliani (Miani o Miano) se asumió como padre de huérfanos y descubrió el rostro de Dios en los más débiles y necesitados. Los niños son el lugar donde la experiencia de Dios va a ser más profunda e intensa y donde –al compenetrarse con ellos– llega a la intimidad de su corazón, alcanzando no solo a percibir sino a vivir intensamente a ese Dios que habita en él y en los otros, los niños huérfanos.

La pedagogía de Miani está penetrada de un profundo sentido cristiano y se fundamenta en una gran aplicabilidad de métodos. Sobre todo, trata de crear, alrededor del niño, una atmósfera de intimidad familiar y de saber conciliar la benignidad con la voluntad firme de disciplina, en la dirección del orfanato...

Hay un instrumento de apostolado muy eficaz y al alcance de todos: el ejemplo. Miani desea que los huérfanos lo utilicen para difundir el espíritu religioso entre el pueblo...

Eligiendo libremente la misión de padre de los huérfanos, Jerónimo se hizo cargo de todas las obligaciones de la paternidad espiritual y, en primer lugar, la del amor. Empezó con hacerse pobre con los pobres, despojándose de todos sus bienes. Luego, habiendo gastado sus riquezas para ofrecer a los huérfanos el alimento y el sustento, no vaciló en afrontar las incomodidades, y someterse a las más grandes humillaciones. Ningún servicio le parecía muy pesado, porque el amor le hacía ligera toda carga, le mitigaba todo sufrimiento. Jerónimo amaba a sus huérfanos con la ternura que solo puede nacer de un corazón de padre. Sus cartas rebosan una caridad afectuosa y solícita por el bien espiritual y corporal de los niños que la Providencia ha confiado a sus cuidados paternos... Es fácil imaginar cómo una bondad tan espontánea y cordial cautivase el ánimo de

---

los niños. De esta manera Jerónimo podía modelar a su gusto las voluntades y orientarlas hacia el bien. En las manos de un educador lleno de habilidad y de sabiduría cristiana, el amor transformaba a esos niños de la calle en instrumentos dóciles...<sup>11</sup>

Finalmente, es claro que la experiencia de Dios se da dentro del ser humano, en la intimidad de su vida. Aunque el mundo y todo lo que lo rodea influya en esa experiencia divina, solo al conectar la razón y el corazón se podrá salir al encuentro de un Dios que busca y quiere habitar en él. Solo cuando se es como los niños y las niñas, es decir, cuando se abre totalmente el interior, se puede experimentar hoy y siempre a un Dios que nunca se ha alejado, sino que ha permanecido oculto, tal vez tras la indiferencia humana, pero atento y dispuesto a hacer vibrar el corazón, para que pueda ser percibido desde la totalidad del hombre, física e interiormente.

Prueba de ello es la respuesta dada por Jerónimo Emiliani y por muchos otros santos y personas quienes durante su existencia se dedicaron a vivir intensamente esa experiencia de Dios en los otros. De esta manera, abrieron el horizonte y dejaron ver la luz para tantos que aún quieren encontrarse con ese Dios inmerso en sus vidas, que invita a descubrirlo.

## CONCLUSIÓN

Luego de hacer este recorrido sobre la experiencia de Dios en la infancia, desde lo que Dios significa para el mundo de hoy y la imagen que de él se suscita, se puede decir que los niños y las niñas del mundo actual, como seres humanos que son, manifiestan claramente una experiencia de Dios en sus vidas.

¿Cómo ocurre esto? Sin lugar a dudas, el hombre desde el inicio de su existencia es habitado por Dios, y solo allí, en lo más profundo de su intimidad, descubre que la acción divina orienta y conduce su vida por el camino más apropiado, que –en boca de Cristo– es el amor.

La imagen que de Dios se tenga se construye a lo largo de la vida, pero siempre mediada por el entorno familiar y social, referentes primordiales que hacen del niño o la niña de hoy un auténtico hombre

---

<sup>11</sup> Raviolo, *La congregación de los Padres Somascos: lineamientos e historia*, 27-28.

o mujer para el mañana, quien –interpelado por Dios– descubre que la verdadera experiencia divina se encuentra en la experiencia con el otro, con el prójimo.

Esta imagen que tanto marca al ser humano desde sus primeros años de vida permite revelar lo que es y puede significar la experiencia de Dios; este Dios –que no está lejos sino inmerso en lo más profundo del ser humano– es identificado como parte fundamental de la existencia gracias a la percepción. Por su naturaleza, dicha percepción ayuda a comprender todo fenómeno que rodea al ser humano, pero en especial ayuda a descubrir una participación distinta de lo exclusivamente material y sensible, es decir, una participación real que solo acontece en su intimidad y le lleva a salir de sí para dirigirse al otro.

Toda esta dinámica de la vida ocurre tan en lo profundo del ser humano que ni siquiera la sociedad de hoy se preocupa por averiguar y entenderla; pero eso sí: no deja de influir para que la realidad Dios sea distorsionada, y peor incluso, se torne irreconocible, a tal punto, que es todavía más complicado comprenderla.

En este punto, los niños y las niñas son sujetos claves, pues ellos y ellas hasta ahora están acomodando, organizando y orientando su conocimiento, y tristemente, allí Dios parece no tener cabida. Esto suena contradictorio con el pensamiento de Jesús, pues él tuvo a los niños como referente claro para alcanzar el Reino de Dios; entonces ¿por qué hacer de Dios algo incomprensible para ellos? La respuesta puede ser muy obvia en la sociedad actual: lo que no se ve y no se entiende, no interesa.

En la etapa humana de la infancia es cuando más se debe acompañar al proceso de desarrollo físico e interior. Es indispensable que el contexto inmediato de los niños y las niñas esté mediado por una experiencia profunda de Dios. Así se podrá despertar en ellos la curiosidad por saber algo más de su vida y de su interioridad, que en resumidas cuentas no es prioridad a tan corta edad, pero sí un aspecto esencial para la formación de su personalidad, ya que todas las dimensiones humanas –incluida la religiosa– han de estar en concordancia y equilibrio para construir una vida con sentido y responsabilidad.

El camino hacia una experiencia de Dios no termina; constantemente, se están dando pasos en la comprensión de tan compleja realidad al

---

interior del hombre. Sí es seguro que la participación de Dios en su intimidad está ahí, es real, es viva, es latente; así lo manifiesta Jerónimo Emiliani, un hombre que –en medio de su confusión existencial– supo dejarse encontrar e intimar por Dios, hasta lograr llegar a esa experiencia divina originada en su interior pero propiciada por los más pequeños y desamparados, los niños y las niñas.

Ellos y ellas –como bien se ha expresado a lo largo del presente artículo– son el inicio del camino hacia una comprensión y experiencia plena y completa de Dios. Esto, dado en un contexto social que invita a relacionarse y a no olvidar al otro, al semejante, al prójimo, quien es finalmente el que representa el auténtico rostro y presencia de Dios.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ávila, Antonio. *Para conocer la psicología de la religión*. Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino, 2003.
- Baena, Gustavo y Arango, José Roberto. *Introducción al Antiguo Testamento e historia de Israel*. Bogotá: Colección Apuntes de Teología. Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, 2006.
- CMF Apostolado. “Maduración y despertar religioso en niñas y niños de 3 a 7 años en la familia y el colegio. No. 10: 1º Ep.-Trim. 1º.” *CMF Apostolado*, <http://www.cmfapostolado.org/IMG/pdf/tema10.pdf> (consultado el 14 de mayo de 2012).
- Delval, Juan y Muriá, Irene. *Los niños y Dios: ideas infantiles sobre la divinidad, los orígenes y la muerte*. México: Siglo XXI, 2008.
- Larrañaga, Ignacio. *Itinerario hacia Dios*. Bogotá: San Pablo, 2004.
- Oser, Fritz y Gmünder, Paul. *El hombre. Estadios de su desarrollo religioso*. Barcelona: Ariel, 1998.
- Panikkar, Raimon. “La experiencia de Dios.” Fragmento de *La experiencia de Dios*, por R. Panikkar (Colección GS 7. Madrid: Editorial PPC, 1994). Disponible en: <http://www.terra.es/personal/javierou/conlaexperienciade.htm> (consultado el 14 de mayo de 2012).

Raviolo, Sebastiano. *La congregación de los Padres Somascos: lineamientos e historia. Primera parte*. Bogotá: Comisariato Padres Somascos en Colombia, 1992.

Ruiz de la Peña, Juan Luis. *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*. Santander: Sal Terrae, 1988.